

Cuaderno N^o 39

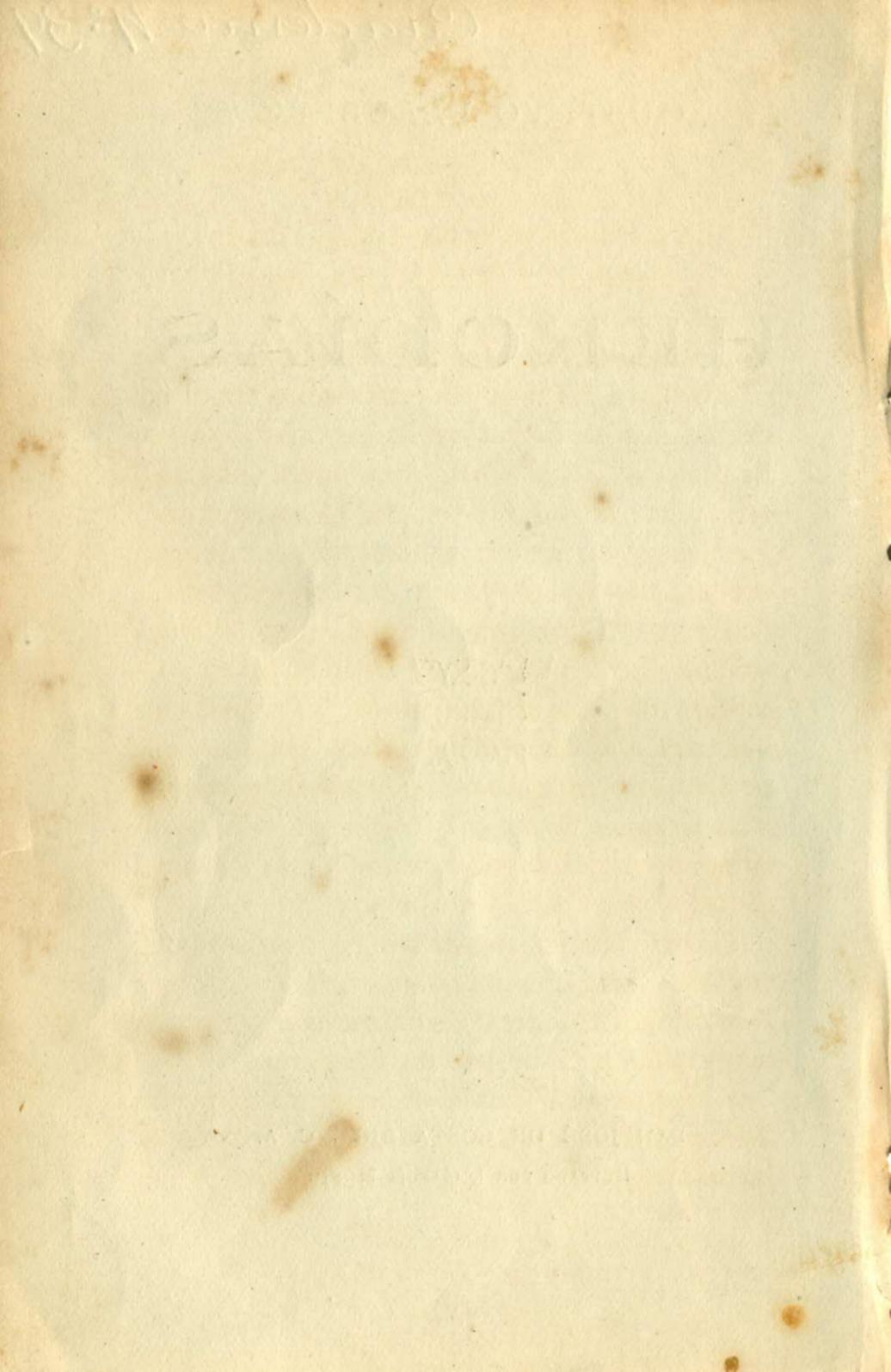
GUSTAVO FLAUBERT

HERODÍAS



SAN JOSÉ DE COSTA RICA. C. A.

EDITADO POR J. GARCÍA MONJE



LA ciudadela de Machaerus se levantaba al oriente del mar Muerto, sobre un pico de basalto en forma de cono. Cuatro valles profundos la rodeaban, dos hacia los flancos, uno por delante, el cuarto hacia atrás. Las casas se amontonaban al pie, dentro del círculo de un muro que seguía ondulando las desigualdades del terreno; y, por un camino de zigzag en la roca tajado, la ciudad se comunicaba con la fortaleza, cuyas murallas almenadas tenían ciento veinte codos de altura, con ángulos numerosos, y, a trechos, torres que formaban como florones en aquella corona de piedras, suspendida por encima del abismo.

Había dentro un palacio adornado de pórticos, y cubierto por una terraza con balaustrada de madera de sicomoro, y varas arregladas para tender un velarium.

Una mañana, antes de aclarar el día, el Tetrarca Herodes Antipas vino a acodarse a la balaustrada, y se puso a mirar.

Allá abajo, las montañas más vecinas comenzaban a descubrir sus crestas, en tanto que su masa, hasta el fondo de los abismos, aun permanecía en la sombra. Una niebla que flotaba, se desgarró, y aparecieron los contornos del mar Muerto. El alba, que se alzaba detrás de Machaerus, esparcía un rosicler. Presto iluminó las arenas de la playa, las colinas, el desierto, y, más lejos aún, todos los montes de la Judea que inclinaban sus ásperas y grises superficies. Engaddí, en el medio, trazaba una raya negra; Hebrón, en la hondura, se redondeaba en cúpula; Escuol tenía granados, Sorek viñas, Carmelo campos de sésamo; y el cubo monstruoso de la torre Antonia dominaba a Jerusalén. El Tetrarca apartó de allí la vista para contemplar, a la derecha, las palmeras de Jericó; y pensó en las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum, Endor, Nazaret y Tiberiades a donde acaso no volvería más. El Jordán corría en tanto por la árida llanura. Completamente blanca, deslumbraba como un mantel de nieve. El lago, a la sazón, parecía de lapizlázuli; y en su extremo meridional, por el lado del Yemen, reconoció Antipas lo que temía descubrir. Oscuras tiendas había dispersas; hombres con lanzas

circulaban por entre los caballos, y hogueras extinguiéndose brillaban como chispas al ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los Árabes, cuya hija había repudiado para hacerse de Herodías, casada con uno de sus hermanos, que vivía en Italia, sin pretensiones al poder.

Esperaba Antipas auxilios de los Romanos; y como Vitelio, gobernador de la Siria, tardara en aparecer, la inquietud lo consumía.

Lo habría hecho perder Agripa, sin duda, la gracia del Emperador? Felipe, su hermano tercero, soberano de la Batanea, se armaba clandestinamente. Los Judíos no querían ya sus costumbres idólatras, ni los otros su dominio; así es que vacilaba entre dos proyectos: aplacar a los Árabes o arreglar una alianza con los Partos; y, so pretexto de celebrar su aniversario, había convidado a un gran festín, para aquel mismo día, a los jefes de sus tropas, a los administradores de sus haciendas y a los principales de la Galilea.

Escudriñó todos los caminos con mirada penetrante. Estaban desiertos. Volaban las águilas por encima de su cabeza; los solda-

dos, a lo largo de la muralla, dormían recostados en los muros; nada bullía en el palacio.

De pronto, una voz distante, como escapada de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al Tetrarca. Se inclinó para escuchar; había cesado. Continuó la voz; y, palmoteando, él gritó: — «Mannaei! Mannaei!»

Se presentó un hombre, desnudo de medio cuerpo arriba, como los ungidores de los baños. Era muy grande, viejo, descarnado y llevaba sobre el muslo un cuchillo en una vaina de bronce. La cabellera, levantada por una peineta, exageraba el tamaño de la frente. Una somnolencia apagaba el brillo de los ojos, relucía, en cambio, la dentadura, y los dedos de los pies apenas se posaban sobre las losas; todo su cuerpo tenía la flexibilidad de un mono, y su rostro la impasibilidad de una momia.

—«¿Dónde está?» preguntó el Tetrarca.

Respondió Mannaei, señalando con el dedo pulgar algo detrás de ellos:

—«Allá! como siempre!»

—«Me pareció haberlo oído».

Y Antipas, así que hubo respirado ampliamente, se informó de Iaokanann, el

mismo que los Latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto a ver a aquellos dos hombres, admitidos por indulgencia, el mes anterior, en su calabozo, y se sabía, desde entonces, lo que habían venido a hacer?

Mannaei contestó:

— «Cruzaron con él palabras misteriosas, como los ladrones, por la noche, en las encrucijadas de los caminos. Partieron en seguida a la Alta-Galilea, anunciando que traerían una gran noticia».

Bajó Antipas la cabeza, y después con expresión de espanto:

— «Vigílalo! vigílalo! Y a nadie dejes entrar! Cierra bien la puerta! Tapa el foso! No debe sospecharse siquiera que él vive!

Sin haber recibido estas órdenes, Mannaei las cumplía; pues Iaokanann era Judío, y él execraba a los Judíos como todos los Samaritanos.

Su templo de Garizim, designado por Moisés como centro de Israel, no existía ya desde el rey Hircán; y el de Jerusalén los enfurecía como un ultraje, y como una injusticia permanente. Mannaei se había introducido en él, con el fin de mancillar el altar con huesos de muertos. A sus compa-

ñeros, menos listos, los habían decapitado.

Lo divisó por entre la hondura de dos colinas. Sus muros de blanco mármol y las láminas de oro de su techumbre resplandecían al sol. Era como una montaña luminosa, algo sobrehumano, que anonadaba todo con su opulencia y orgullo.

Extendió entonces los brazos hacia la parte de Sion; y erguido, con la cara echada atrás, los puños cerrados, le lanzó un anatema, como seguro de que las palabras tenían un poder efectivo.

Antipas escuchaba, sin que pareciera escandalizarse.

El Samaritano añadió:

—«Hay momentos en que se agita, quisiera huir, espera que lo rescaten. Otras veces, aparenta la tranquilidad de una bestia enferma; o bien lo veo que camina en las tinieblas, repitiendo: «Qué importa? Para que él se engrandezca, es preciso que yo disminuya!»

Antipas y Mannaí se miraron. Pero el Tetrarca estaba cansado de reflexionar.

Todos aquellos montes en torno suyo, como los estratos de grandes olas petrificadas, las negras simas en los flancos de los acantilados, la inmensidad del cielo

azul, el brillo deslumbrador del día, la profundidad de los abismos lo turbaban; y una desolación se apoderaba de él a la vista del desierto, que semeja, en el derrumbamiento de sus terrenos, anfiteatros y palacios derruidos. El viento cálido llevaba, con el olor del azufre, como la exhalación de las ciudades malditas, sepultas más abajo de la playa que las pesadas aguas cubrían. Estas señales de una cólera inmortal aterraban su pensamiento; y permanecía de codos en la balaustrada, con los ojos fijos y las sienes entre las manos. Alguien lo había tocado. Se volvió. Herodías estaba delante de él.

Una bata de ligera púrpura la envolvía hasta las sandalias. Como saliera precipitadamente de su aposento, no llevaba ni collares ni aretes; una trenza de sus cabellos negros le caía sobre un brazo y, por el extremo, se hundía en el intermedio de los dos senos. Las narices, muy remangadas, palpitaban; la alegría de un triunfo iluminaba su semblante; y, con voz enérgica, sacudiendo al Tetrarca:

—«César nos quiere! Agripa está prisionero!»

—«Quién te lo ha dicho?»

—«Yo lo sé!»

Añadió:

—«Es por haber deseado el imperio para Cayo!»

Viviendo de sus limosnas, había mendigado el título de rey, que ellos ambicionaban también. Pero en lo futuro no más temores!—«Los calabozos de Tiberio se abren con dificultad y allí no siempre está segura la vida!»

Antipas la comprendió; y, aun cuando era la hermana de Agripa, su atroz intento le pareció justificado. Estos asesinatos eran una consecuencia de las cosas, una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes, ya ni se llevaba cuenta de ellos.

Expuso luego su proyecto: los clientes comprados, las cartas sorprendidas, espías por doquiera, y cómo había logrado seducir al delator Eutiques.—«Nada me costaba! No he hecho más por tí?... He abandonado a mi hija!»

Después de su divorcio, había dejado en Roma a esa niña, esperanzada de tener otros del Tetrarca. De lo cual ella nada decía. Antipas se preguntó a qué venía aquel acceso de ternura.

Desplegóse el velarium y se trajeron con presteza amplios almohadones. En ellos

se hundió Herodías, y lloraba, vuelta de espaldas. Luego se pasó la mano por los párpados, dijo que en eso no quería pensar más, que se sentía dichosa; le recordó sus conversaciones allá abajo, en el atrio, los encuentros en las termas, sus paseos a lo largo de la vía Sacra, y las tardes de las extensas quintas, al murmullo de los surtidores, bajo los arcos enflorados, delante de la campiña romana. Le miraba como antes, estrechándose contra su pecho, con gestos zalameros.—Antipas la rechazó. Estaba ahora tan distante el amor que ella trataba de reanimar! De allí procedían todas sus desdichas; pues pronto se cumplirían doce años de guerra continua. La cual había envejecido al Tetrarca. Sus hombros se encorvaban dentro de una toga oscura, con ribete morado; los blancos cabellos se mezclaban con la barba, y el sol, a través del velo, bañaba de luz su rugosa frente. También la de Herodías tenía pliegues; y, el uno frente al otro, se miraban de un modo huraño.

Comenzaban a poblarse los caminos de la montaña. Pastores aguijaban bueyes, niños tiraban de asnos, palafreñeros conducían caballos. Los que bajaban de las alturas más allá de Machaerus desaparecían detrás

del castillo; subían otros por la escarpa de enfrente, y, una vez en la ciudad, descargaban en los patios los equipajes. Eran los proveedores del Tetrarca, y la servidumbre que precedía a los convidados.

Entretanto, por el fondo de la terraza, a la izquierda, apareció un Esenio, en túnica blanca, descalzos los pies, el continente estoico. Mannaei, por la derecha, avanzó con su cuchillo en alto.

Herodías le gritó:—«Mátalo»!

—«Detente!» dijo el Tetrarca.

Quedóse inmóvil; también el otro.

Se retiraron luego, cada uno por una escalera distinta, reculando, sin perderse de vista.

—«Lo conozco» dijo Herodías, «se llama Fanuel y trata de verse con Iaokanann, puesto que tú tienes la ceguera de conservarlo»!

Objetó Antipas que podía ser útil algún día. Sus ataques contra Jerusalén ganaban para ellos el resto de los Judíos.

—«No!» replicó ella, «aceptan todos los amos, y no son capaces de crear una patria»! Por lo que hace al que sublevaba al pueblo con esperanzas conservadas desde Nehemías, la política mejor era suprimirlo.

Nada apremiaba, según el Tetrarca. Ioakanann peligroso! Vaya! Aparentaba reir de eso.

—«Cállate»! Y repitió la humillación suya, cierto día que iba hacia Galaad, a la cosecha del bálsamo. «A orillas del río, había gentes vistiéndose. Sobre un montículo, al lado, un hombre hablaba. Llevaba una piel de camello en la cintura y parecía su cabeza la de un león. Apenas me vió, escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas llameaban; rugía su voz; levantaba los brazos como para arrancar el trueno. Imposible huir! las ruedas de mi carro tenían arena hasta los ejes; y me alejaba poco a poco, abrigándome bajo el manto, helada por aquellas injurias que caían como una lluvia tempestuosa».

Iaokanann no la dejaba vivir. Cuando lo apresaron y ataron con cuerdas, los soldados debían apuñalearlo si resistía; se mostró dulce. Se colocaron serpientes en su prisión; murieron ellas.

La ineficacia de esas asechanzas exasperaba a Herodías. Además, ¿por qué tanta hostilidad contra ella? Qué interés lo impulsaba? Los discursos que gritaba a las multitudes, se habían divulgado, circulaban;

ella los escuchaba por doquiera, llenaban el aire. Contra las legiones habría tenido la bravura. Pero aquella fuerza inasequible, más perniciosa que las espadas, era pasmosa; y recorría la terraza, pálida de cólera, sin hallar palabras para expresar lo que la ahogaba.

Pensaba también que el Tetrarca, cediendo a la opinión, quizá se atrevería a repudiarla. Entonces todo se habría perdido! Desde su infancia, alimentaba el sueño de un gran imperio. Por lograrlo, abandonó a su primer esposo y se unió a aquel que la había engañado, según pensaba.

—«Buen apoyo he adquirido con entrar en tu familia!»

—«Que vale tanto como la tuya!» dijo simplemente el Tetrarca.

Herodías sintió hervir en sus venas la sangre de sus antepasados, los sacerdotes y los reyes.

—«Pero tu abuelo barría el templo de Ascalón! Los otros eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda, tributaria de Judá desde el rey David! Todos mis antepasados han vencido a los tuyos! El primero de los Makkabi os expulsó de Hebrón, Hircán os obligó a circuncidaros!»

Y, respirando el desprecio de la patricia por el plebeyo, el odio de Jacob contra Edon, le reprochó su indiferencia a los ultrajes, su blandura con los Fariseos que le traicionaban, su cobardía con el pueblo que la detestaba. «Tú eres como él, confiésalo! y echas de menos a la moza Árabe que danza en torno de las piedras. Recóbrala! Vete a vivir con ella, bajo su tienda! devora su pan cocido bajo la ceniza! engulle la leche cuajada de sus ovejas! besa sus mejillas azuladas! y olvídame!»

El Tetrarca no escuchaba ya. Miraba el terrado de una casa, en donde había una joven y una vieja que sostenía un quitasol con mango de junco, largo como la caña de un pescador. En medio de la alfombra, estaba abierta una gran canasta de viaje, de la que se desbordaban confusamente cinturones, velos, dijes de orfebrería. La joven se inclinaba de cuando en cuando hacia estas cosas y las sacudía. Estaba vestida como las Romanas, una túnica rizada con un peplo a bellotas de esmeralda; y tirillas azules sujetaban su cabellera, muy pesada, sin duda, pues, de cuando en cuando, allí se llevaba la mano. La sombra del quitasol se balanceaba sobre ella, medio ocultándo-

la. Antipas distinguió dos o tres veces su cuello delicado, el ángulo de un ojo, la comisura de una boca pequeña. Pero veía, de las caderas a la nuca, todo el tronco que se inclinaba para erguirse de nuevo de un modo elástico. Espiaba la vuelta de aquel movimiento, y su respiración se hacía más fuerte; llamas ardían en sus ojos. Herodías lo observaba.

Él preguntó:—«Quién es?»

Ella respondió que no sabía y se fué repentinamente apaciguada.

Esperaban al Tetrarca, bajo los pórticos, Galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los pasturajes, el administrador de las salinas y un Judío de Babilonia que mandaba a sus caballeros. Todos le saludaron con una aclamación. Luego, desapareció dirigiéndose a las habitaciones interiores.

En la esquina de un pasadizo surgió Faniel.

—«Ah! todavía? Vienes por Iaokaniann, sin duda?»

—«Y por tí! algo importante tengo que comunicarte».

Y, sin separarse de Antipas, penetró, detrás de él, en un departamento oscuro.

Bajaba la luz por un enrejado que se

extendía longitudinalmente debajo de la cornisa. Estaban las paredes pintadas de un color granate, casi negro. En el fondo se ostentaba un lecho de ébano, con correas de cuero de buey. Encima, un escudo de oro brillaba como un sol.

Antipas atravesó toda la estancia, se acostó en el lecho.

Fanuel estaba de pie. Alzó un brazo y, en actitud inspirada, dijo:

—«El Altísimo envía a veces uno de sus hijos. Iaokanann es uno de ellos. Si tú lo oprimes, serás castigado».

—«Es él quien me persigue!» exclamó Antipas. «Ha querido de mí una acción imposible. Desde entonces me desgarran. Y no era yo duro, al principio! Hasta ha despachado de Machaerus hombres que sublevaron mis provincias. Desgraciado de él! Puesto que me ataca, me defiendo!»

—«Sus cóleras son muy violentas», replicó Fanuel. «No importa! Hay que ponerlo en libertad».

—«No se suelta a las bestias furiosas!» dijo el Tetrarca.

El Esenio respondió:

—«No te inquietes más! Se irá hacia los Árabes, los Galos, los Escitas. Su obra de-

be extenderse hasta el extremo de la tierra!»

Antipas parecía absorto en una visión.

—«Su dominio es formidable!... A pesar mío, lo quiero!»

—«Entonces, que sea libre?»

El Tetrarca meneó la cabeza. Tenía miedo de Herodías, de Mannaiei, y de lo desconocido.

Fanuel trató de persuadirlo, alegando, como garantía de sus proyectos, la sumisión de los Esenios a los reyes. Se respetaba a esos hombres pobres, indomables por los suplicios, vestidos de lino, y que leían el porvenir en las estrellas.

Antipas se acordó de lo que antes le había dicho.

—«Cuál es la cosa importante que me anunciabas?»

Un negro llegó de repente. Tenía el cuerpo blanco de polvo. Asesaba y apenas pudo decir:

—«Vitelio!»

—«Cómo? viene?»

—«Lo he visto. Estará aquí antes de tres horas!»

Los cortinajes de los corredores, como si el viento los agitara. Un rumor llenó el palacio, un alboroto de gentes que corrían,

muebles arrastrados, vajillas de plata que rodaban por el suelo; y, de lo alto de las torres, sonaban las bocinas, en señal de aviso a los esclavos dispersos.

II

AS murallas estaban cubiertas de gentío cuando Vitelio entró al patio. Se apoyaba en el brazo de su intérprete, seguido de una gran litera roja adornada de penachos y espejos, tenía la toga, la laticlavia, los borceguíes de un cónsul y lictores en torno de su persona.

Los lictores arrimaron a la puerta las doce fascas, varillas atadas por una correa con una segur en el medio. Entonces, todos se estremecieron ante la majestad del pueblo romano.

La litera, manejada por ocho hombres, se detuvo. De ella salió un adolescente, panzudo, con la cara cubierta de granos, con perlas a lo largo de los dedos. Le ofrecieron una copa llena de vino y de aromas. Se la bebió y solicitó otra.

El Tetrarca se arrodilló a los pies del Procónsul, apenado, decía, de no haber sabido más antes el honor que con su presencia le dispensaba. De otro modo, habría

dispuesto en todos los caminos cuanto se necesitaba para los Vitelios. Descendían éstos de la diosa Vitelia. Aún llevaba su nombre una vía que iba desde el Janículo al mar. Eran innumerables en la familia las cuesturas, los consulados; y en cuanto a Lucio, ahora su huésped, debía tributársele gracias como vencedor de los Clitos y padre de aquel joven Aulo, que parecía volver a su dominio, puesto que el Oriente era la patria de los dioses. Estas hipérboles fueron expresadas en latín. Vitelio aceptólas impasiblemente.

Respondió que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los Atenien- ses le habían dado la superintendencia de los juegos Olímpicos. Había construido tem- plos en honor de Augusto, había sido pa- ciente, ingenioso, terrible, y siempre fiel a los Césares.

Por entre las columnas de capiteles de bronce, vióse a Herodías que avanzaba con aires de emperatriz, en medio de mujeres y de eunucos que llevaban en bandejas de plata sobredorada perfumes encendidos.

El Procónsul, yendo a encontrarla, avan- zó tres pasos; y, habiéndola saludado con una inclinación de cabeza:

—«Qué dicha!» exclamó ella, «que Agripa, el enemigo de Tiberio, en adelante no pueda hacer daño!»

El Procónsul ignoraba el suceso, la mujer le pareció peligrosa; y como Antipas jurara que por el Emperador él lo haría todo, Vitelio añadió:

—«Aun en detrimento de los demás?»

El Procónsul había obtenido rehenes del rey de los Partos, y el Emperador en ello no pensaba ya; pues Antipas, que estaba presente en la conferencia, para hacerse valer, había remitido la noticia al instante. Por esto, un odio profundo, y los retardos en proporcionar auxilios.

Balbució el Tetrarca. Pero Aulo le dijo riendo:

—«Tranquilízate, yo te protejo!»

El Procónsul fingió no haber oído. La fortuna del padre dependía de la mancilla del hijo; y aquella flor de los fangos de Caprea le proporcionaba beneficios de tal modo considerables, que la rodeaba de atenciones, aunque no sin cierta desconfianza, porque era venenosa.

Un tumulto se alzó debajo de la puerta. Entraba una cáfila de mulas blancas, montadas por personajes en hábito sacerdotal.

Eran Saduceos y Fariseos, a quienes una misma ambición impelía a Machaerus, porque deseaban los primeros obtener la dignidad de sacrificadores, y los otros, conservarla. Los semblantes eran sombríos, sobre todo los de los Fariseos, enemigos de Roma y del Tetrarca. En aquella batahola, las faldas de las túnicas dificultaban los movimientos; y las tiaras se inclinaban hacia la frente por encima de las tiras de pergamino, cubiertas de inscripciones.

Casi al mismo tiempo, llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido los escudos en sacos, para precaverlos del polvo; y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del Procónsul, con publicanos que estrechaban bajo las axilas tablillas de madera.

Antipas nombró a los principales de su séquito: Tolmai, Kanthera, Sehon, Ammonio de Alejandría, que le compraba asfalto, Naamann, capitán de sus vélites, Iacim el Babilonio.

Vitelio se había fijado en Mannaeci.

— «Quién es aquel?»

El Tetrarca dió a entender, con un gesto, que era el verdugo.

En seguida presentó a los Saduceos.

Jonatás, un hombrecillo de maneras desvencueltas, que hablaba griego, suplicó al amo que los honrara con una visita a Jerusalén. Volvería allí probablemente.

Eleazar, de nariz corva y lengua barba, reclamó para los Fariseos el manto del gran sacerdote retenido por la autoridad civil en la torre Antonia.

En seguida, los Galileos denunciaron a Poncio-Pilato. Por culpa de un loco que buscaba los vasos de oro de David en una caverna, cerca de Samaria, había matado algunos habitantes; y hablaban todos a la vez, Mannaei con más violencia que los otros. Vitelio declaró que serían castigados los criminales.

Estallaron vociferaciones frente a un pórtico, en donde los soldados habían colgado sus escudos. Como se habían desatado las fundas, se veía en los *umbo* la efigie de César. Era aquello una idolatría para los Judíos. Antipas les arengó, al paso que Vitelio, en la columnata, sobre un alto sitial, se sorprendía de su furor. Razón había tenido Tiberio al desterrar cuatrocientos de ellos a Cerdeña. Pero en su país eran fuertes; y ordenó que retiraran los escudos.

Rodearon entonces al Procónsul, implo-

rando que se reparara la injusticia, privilegios, limosnas. Se desgarraban los vestidos, se aplastaban; y, para abrir campo, los esclavos golpeaban con bastones a diestra y siniestra. Los más cercanos a la puerta bajaron por el sendero, otros lo subían; refluyeron; dos corrientes se cruzaban en aquella oscilante masa de hombres, comprimida por el recinto de muros.

Vitelio preguntó por qué tanta gente. Antipas dijo la causa: el festín de su aniversario; y señaló a varios de sus servidores, que, inclinados en las almenas, tiraban de inmensas canastas de viandas, de frutas, de legumbres, de antílopes y cigüeñas, de grandes peces de color azulado, de uvas, de sandías, de pirámides de granadas. Aulo no pudo contenerse. Se precipitó hacia las cocinas, arrastrado por aquella glotonería que debía asombrar al universo.

Al pasar junto a un sótano, distinguió unas marmitas semejantes a corazas. Vitelio se acercó a verlas; y exigió que se le abrieran los cuartos subterráneos de la fortaleza.

Eran altas bóvedas talladas en la roca, con pilares de trecho en trecho. La primera contenía armaduras viejas; pero la

segunda rebosaba de picas cuyas puntas, alargándose, surgían de un penacho de plumas. La tercera parecía tapizada por una trenza de cañas, tantas eran las delgadas flechas puestas perpendicularmente unas al lado de otras. Hojas de cimitarras cubrían las paredes de la cuarta. En mitad de la quinta, filas de cascos que formaban con sus penachos como un batallón de serpientes rojas. En la sexta no se veían más que aljabas; en la sétima, cnémides; en la octava, brazales; en las siguientes, horquillas, garfios, escalas, cordajes, hasta mástiles para las catapultas, hasta cascabeles para el pretal de los dromedarios! y conforme la montaña iba ensanchándose hacia su base, taladrada interiormente como una colmena, debajo de aquellos departamentos había otros más numerosos, y aún más profundos.

Vitelio, su intérprete Fineas, y Sissena, el jefe de los publicanos, los recorrían a la luz de las antorchas, que llevaban tres eunucos.

En la sombra se distinguían cosas horribles inventadas por los bárbaros: cachiporras guarnecidas de clavos, javalinas que envenenaban las heridas, tenazas parecidas a mandíbulas de cocodrilos; el Tetrarca, por

fin, poseía en Machaerus municiones de guerra para cuarenta mil hombres.

Las había reunido previendo una alianza de sus enemigos. Pero el Procónsul podía creer, o decir, que era para combatir a los Romanos, y buscaba explicaciones.

No eran de él; muchas servían para defenderse de los salteadores; otras se necesitaban contra los Árabes; o bien, todo eso había pertenecido a su padre. Y, en vez de caminar detrás del Procónsul, iba adelante, a paso rápido. Luego se arrimó al muro, y abierto de codos, lo tapó con la toga; pero la altura de una puerta excedía la de su cabeza. Vitelio la notó, y quiso saber lo que encerraba.

El Babilonio era el único que podía abrirla.

—«Llama al Babilonio!»

Lo aguardaron.

Su padre había venido desde las orillas del Eufrates a ofrecerse al gran Herodes, con quinientos jinetes, para defender las fronteras orientales. Después del reparto del reino, Iacim se había quedado en casa de Felipe, y ahora servía a Antipas.

Se presentó, con un arco al hombro, un látigo en la mano. Cordones multicolores

ceñían estrechamente sus piernas torcidas. Los gruesos brazos salían de una túnica sin mangas, y un gorro de pieles sombreaba la cara, cuya barba era ensortijada.

Al principio aparentó no comprender al intérprete. Pero Vitelio lanzó una mirada a Antipas, quien repitió al instante la orden. Entonces Iacim aplicó las dos manos contra la puerta, que se resbaló en el muro.

Una bocanada de aire caliente salió de las tinieblas. Un pasadizo descendía caracoleando; por él cogieron y llegaron al umbral de una gruta, más espaciosa que los otros subterráneos.

Una arcada se abría en el fondo sobre el precipicio, que por aquella parte defendía la ciudadela. Una madreselva, adherida a la bóveda, dejaba caer sus flores en plena luz. Al ras del suelo, murmuraba un manantial.

Un centenar quizá de caballos blancos había allí, y comían cebada en vasijas puestas a la altura de la boca. Tenían la crin pintada de azul, los cascos en mitones de esparto, y los pelos de entre las orejas se ahuecaban sobre el frontal como una peluca. Con la cola muy larga, se golpeaban suavemente los corvejones. El Procónsul quedóse mudo de admiración.

Éran animales maravillosos, flexibles como serpientes, ligeros como pájaros. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los hombres mordiéndoles el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban por encima de los abismos, y durante toda una jornada proseguían su frenético galope por las llanuras; una palabra los detenía. Apenas entró Iacim, viniéron a él, como corderos a la vista del pastor; y, alargando el pescuezo, lo miraban inquietamente con sus ojos infantiles. Como de costumbre, lanzó del fondo de la garganta un grito ronco que los puso muy alegres; y se encabritaban, hambrientos de espacio, ansiosos de correr.

Temeroso de que Vitelio se los llevara, Antipas los había aprisionado en aquel lugar, reservado para los animales en caso de sitio.

—«La cuadra es mala», dijo el Procónsul, «y arriesgas a perderlos! Haz el inventario, Sissenal!»

El publicano sacó una tablilla de la cintura, contó los caballos y los inscribió.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían a los gobernadores, para saquear las provincias. Aquel husmeaba por doquiera.

ra, con su hocico de garduña y sus párpados guiñadores.

Por fin, subieron al patio.

Discos de bronce en mitad de los enlosados, tapaban, aquí y allá, las cisternas. Reparó en uno, mayor que los otros, y que no resonaba lo mismo al pisarlo. Los golpeó todos alternativamente, gritó luego, dando con los pies:

—«Lo tengo! lo tengo! Aquí está el tesoro de Herodes!»

La rebusca de sus tesoros era una locura de los Romanos.

El Tetrarca juró que no existían.

Sin embargo, ¿qué había allá abajo?

—«Nada! un hombre, un prisionero.»

—«Enséñalo!» dijo Vitelio.

El Tetrarca no obedeció; los Judíos conocerían el secreto. Su resistencia a abrir la tapa impacientaba a Vitelio.

—«Hundidla!» gritó a los lictores.

Mannaei adivinó de qué se ocupaban. Al ver una segur, creyó que iban a decapitar a Iaokanann; y detuvo al lictor al primer golpe en el disco, introdujo entre éste y las losas una especie de gancho, luego, estirando sus largos y flacos brazos, lo levantó suavemente hasta volcarlo; todos admiraron

las fuerzas de aquel viejo. Bajo la doble tapa de madera, se extendía un escotillón del mismo tamaño. De un puñetazo se dobló en dos tableros; vióse entonces un agujero, un enorme foso contorneado por una escalera sin pasamano; y los que al borde se asomaron descubrieron en el fondo algo vago y horrible.

Acostado en el suelo había un ser humano, debajo de largos cabellos que se confundían con los pelos de las pieles que cubrían la espalda. Se levantó. Con la frente tocaba una reja cerrada horizontalmente; y, de cuando en cuando, desaparecía en las profundidades del antro.

A la luz del sol brillaban la punta de las tiaras, la empuñadura de las espadas, se calentaban en extremo las losas; y por encima del patio, giraban palomas que volaban de los frisos. Era la hora en que Mannaei solía darles el grano. A la sazón se mantenía agachado delante del Tetrarca, que estaba de pie junto a Vitelio. Por detrás formaban un círculo los Galileos, los sacerdotes, los soldados; callaban todos, en la angustia de lo que iba a suceder.

Al principio fué un gran suspiro, dado por una voz cavernosa.

Herodías lo oyó en el extremo opuesto del palacio. Subyugada por una fascinación, atravesó la multitud; y escuchaba, con una mano en el hombro de Mannaí, inclinado el cuerpo.

Se alzó la voz:

—«Desgraciados de vosotros, Fariseos y Saduceos, raza de víboras, odres infladas, címbalos retumbantes!»

Se había reconocido a Iaokanann. Su nombre corría de boca en boca. Otros acudieron.

«Desgraciado de tí, oh pueblo! y de los traidores de Judá, de los borrachos de Éfrain, de los que habitan el pingüe valle, y se tambalean con los vapores del vino!

«Que se desvanezcan como el agua que corre, como la babosa que se derrite al andar, como el aborto de una mujer que no ve el sol.

«Tendrás que refugiarte, Moab, en los cipreces como los gorriones, en las cavernas como los gerbos. Las puertas de las fortalezas se romperán más pronto que cáscaras de nuez, se derrumbarán los muros, las ciudades arderán; y no se detendrá el azote del Eterno. Él revolverá vuestros miembros en vuestra sangre, como la lana en

la cuba de un tintorero. Os desgarrará como un rastrillo nuevo; distribuirá en las montañas todos los pedazos de vuestra carne!»

De qué conquistador hablaba? Era de Vitelio? Solamente los Romanos podían realizar ese exterminio. Se proferían quejas:—«Basta! basta! que termine!»

Prosiguió, en voz más alta:

—«Junto al cadáver de sus madres, los niños se arrastrarán sobre las cenizas. La gente irá, por la noche, en busca de pan a través de los escombros, al riesgo de las espadas. Los chacales se disputarán los huesos en las plazas públicas, donde conversaban los viejos por las tardes. Tus vírgenes, tragándose las lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero, y los más bravos de tus hijos doblarán el espinazo, desollado por el peso excesivo de los fardos!»

El pueblo veía de nuevo los días de su destierro, todas las catástrofes de su historia. Aquellas eran las palabras de los antiguos profetas. Iaokanann las disparaba una en pos de otra, como gorpazos.

Pero la voz se tornó dulce, armoniosa, cantable. Anunciaba una liberación, esplendores celestiales, el recién nacido con un

brazo en la caverna del dragón, el oro en el lugar de la arcilla, el desierto abriéndose como una rosa. — «Lo que ahora vale sesenta kiccares no costará un óbolo. Fuentes de leche brotarán de las rocas; se dormirá en los lagares con la panza llena! Cuando vendrás tú, a quien yo espero? De antemano, todos los pueblos se arrodillan y tu dominación será eterna, Hijo de David!»

El Tetrarca retrocedió, porque la existencia de un Hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Ioakanann lo zahirió por su reinado: — «No hay más rey que el Eterno!» y por sus jardines, por sus estatuas, por sus muebles de marfil, como el impío Acab!

Antipas rompió el cordoncillo del sello suspendido de su pecho, y lo tiró al foso, ordenándole que se callara.

La voz respondió:

— «Gritaré como un oso, como un asno salvaje, como una mujer de parto!

«Ya tienes el castigo en tu incesto. Dios te aflige con la esterilidad del mulo!»

Y se alzaron risas, semejantes al hervor de las olas,

Vitelio se obstinaba en quedarse. El intérprete, con tono impasible, repetía, en la

lengua de los Romanos, todas las injurias que en la suya rugía IaoKanann. El Tetrarca y Herodías veíanse obligados a soportarlas dos veces. Él jadeaba, en tanto que ella observaba atónita el fondo del pozo.

El hombre horrendo echó atrás la cabeza; y, agarrando los barrotes, pegó a ellos la cara, que parecía un puñado de maleza, en donde centelleaban dos carbones.

—«Ah! eres tú, Jezabel!»

«Le robaste el corazón con el crujido de tu calzado. Relinchabas como una yegua. Hiciste tu cama sobre los montes, para cumplir tus sacrificios!

«El Señor arrancará tus zarcillos, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, las pulseras de tus brazos, las ajorcas de tus pies, las pequeñas medias-lunas de oro que tiemblan en tu frente, tus espejos de plata, tus abanicos de plumas de avestruz, los chapines de nácar que realzan tu estatura, el orgullo de tus diamantes, los perfumes de tus cabellos, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu molicie; y los guijarros faltarán para lapidar a la adúltera!»

Ella buscaba con la mirada una defensa en torno suyo. Los Fariseos bajaban hipócritamente los ojos. Los Saduceos volvían

la cabeza, temerosos de ofender al Procónsul. Antipas parecía desfallecer.

La voz aumentaba, se desenvolvía, rodaba con desgarramientos de trueno y, como el eco la repitiera en la montaña, fulminaba a Machaerus con resplandores multiplicados.

—«Revuélcate en el polvo, hija de Babilonia! Vete a moler la harina! Quítate el cinturón, desátate el calzado, arremángate, pasa los ríos! se descubrirá tu vergüenza, tu oprobio será visto! tus sollozos te romperán los dientes! El Eterno execra la fetidez de tus crímenes! Maldita! maldita! Revienta como una perra!»

La trampa se cerró, la tapa se bajó. Man-naei quería estrangular a Iaokanann.

Herodías desapareció. Los Fariseos estaban escandalizados. Antipas, en medio de ellos, se justificaba.

—«Sin duda», replicó Eleazar, «hay que casarse con la mujer del hermano, pero Herodías no era viuda, y además tenía un niño, lo que constituye la abominación».

—«Error! error!» objetó el Saduceo Jonatás. «La Ley condena esos matrimonios, sin proscribirlos en absoluto».

—«No importa! Son muy injustos conmi-

go!» decía Antipas, «porque, en fin, Absalón se acostó con las mujeres de su padre, Judá con su nuera, Ammón con su hermana, Lot con sus hijas.»

En aquel momento reapareció Aulo, que venía de dormir. Cuando se le informó del asunto, aprobó al Tetrarca. No había que incomodarse por semejantes necesidades; y se reía mucho de la censura de los sacerdotes, y del furor de Iaokanann.

Herodías, en medio de la escalinata, se volvió hacia él.

—«No tienes razón, señor mío! Ordena al pueblo que no pague el impuesto.»

—«De veras?» preguntó al instante el publicano.

Las respuestas fueron generalmente afirmativas. El Tetrarca las reforzaba.

Vitelio pensó que el preso podía escapar; y como la conducta de Antipas le parecía dudosa, situó centinelas en las puertas, a lo largo de los muros y en el patio.

En seguida, se fue a su cuarto. Las diputaciones de los sacerdotes le acompañaron.

Sin abordar la cuestión del privilegio de los sacrificios, todos exponían sus quejas.

Todos lo asediaban. Los despidió.

Lo dejaba Jonatás, cuando distinguió a

Antipas, que en una de las almenas conversaba con un hombre de cabellos largos y ropaje blanco, un Esenio; y sintió haberlo defendido.

Una reflexión consolaba al Tetrarca. Iaokanann ya no dependía más de él; los Romanos se encargaban de su persona. Qué alivio! Fanuel se paseaba a la sazón por el camino de ronda.

Lo llamó, y mostrando a los soldados:

—«Son los más fuertes! no puedo liberarlo! no es culpa mía.»

El patio estaba vacío. Los esclavos reposaban. Sobre la rojez del cielo, que inflamaba el horizonte, los menores objetos perpendiculares se destacaban sombríamente. Antipas distinguió las salinas en el otro extremo del mar Muerto y no veía ya las tiendas de los Árabes. Se habían marchado sin duda? Ascendía la luna; una quietud descendía a su corazón.

Fanuel, abrumado, permanecía con la barba sobre el pecho. Por fin, reveló lo que tenía que decir.

Desde el principio del mes, estudiaba el cielo antes del alba, hallándose la constelación de Perseo en el cenit. Agalah apenas se mostraba, Algol brillaba menos, Mira-

Coeti había desaparecido; por lo cual auguraba la muerte de un hombre importante, aquella misma noche, en Machaerus.

Quién? Vitelio estaba muy bien custodiado. No se ejecutaría a Iaokanann. «Entonces soy yo!» pensó el Tetrarca.

Acaso volverían los Árabes? El Procónsul descubriría sus relaciones con los Partos! Sicarios de Jerusalén escoltaban a los sacerdotes; ocultaban puñales bajo sus vestiduras; y el Tetrarca no dudaba de la ciencia de Fanuel.

Pensó recurrir a Herodías. La odiaba no obstante. Pero ella le infundiría valor; y no estaban rotos todos los lazos del sortilegio que en otro tiempo sufriera.

Cuando entró a su aposento, el cinamomo humeaba en una cuenca de pórvido; y se veían dispersos polvos, unguentos, telas parecidas a nubes, bordados más ligeros que plumas.

No habló de la predicción de Fanuel, ni del miedo suyo a los Judíos y a los Árabes; ella lo habría tachado de cobarde. Habló solamente de los Romanos; Vitelio nada le había confiado de sus proyectos militares. Le suponía amigo de Cayo, que se relacionaba con Agripa; y él sería desterrado, o quizá lo degollarían.

Herodías, con una indulgencia desdeñosa, trató de tranquilizarlo. Terminó por sacar de un cofrecillo una medalla rara, ornada con el perfil de Tiberio. Bastaba aquello para hacer palidecer a los lictores y destruir las acusaciones.

Conmovidó de gratitud, Antipas le preguntó cómo la había adquirido.

—«Me la han dado», respondió.

Por debajo de una cortina frontera, avanzó un brazo desnudo, un brazo juvenil, encantador y como torneado en marfil por Policletes. De un modo algo torpe y sin embargo gracioso, remaba en el aire, para alcanzar una túnica olvidada en un escabel arrimado a la pared.

Apartando la cortina, una anciana la pasó suavemente.

El Tetrarca tuvo un recuerdo, que no podía precisar.

—«Es tuya esa esclava?»

—«Qué te importa?» respondió Herodías.

III

Los convidados llenaban la sala del festín.

Tenía tres naves, como una basílica, separadas por columnas de madera de algumim, con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Encima descansaban dos galerías de claraboya; y una tercera de filigrana de oro se encorbaba en el fondo, frente a frente de un arco enorme, abierto en el extremo opuesto.

Sobre las mesas alineadas en toda la extensión de la nave, los candelabros formaban arbustos encendidos, entre las copas de barro pintado y los platos de cobre, los cubos de nieve, los montones de uvas; pero esas rojizas claridades se desvanecían progresivamente, a causa de la altura del techo, y en la noche, a través del ramaje, brillaban puntos luminosos, como estrellas. Por la abertura del amplio vano, se veían las antorchas en las terrazas de las casas; pues Antipas festejaba a sus amigos, a su pueblo y a todos los allí presentes.

Listos como perros y con los pulgares en las sandalias de fieltro, circulaban los esclavos con bandejas.

Debajo de la tribuna dorada, la mesa proconsular ocupaba un estrado de tablas de sicomoro. Tapices de Babilonia la encerraban en una especie de pabellón.

En tres lechos de marfil, uno a la cabecera y dos a los lados, se hallaban Vitelio, su hijo y Antipas: estaba el Procónsul cerca de la puerta, a la izquierda, Aulo a la derecha, el Tetrarca en medio.

Llevaba este último un manto negro, cuya trama desaparecía bajo aplicaciones de color, afeite en los pómulos, la barba en abanico, y polvo azul en los cabellos, ceñidos por una diadema de pedrerías. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, terciado sobre una toga de lino. Aulo se había hecho anudar a las espaldas las mangas de su vestido de seda violeta, laminado de plata. Los tirabuzones de su cabellera estaban escalonados, y un collar de zafiros centelleaban en su pecho, gordo y blanco como el de una mujer. Tenía junto a sí, sobre una estera y con las piernas cruzadas, un niño muy hermoso, que sonreía siempre. Lo había visto en las cocinas, ya no podía pasarse sin él,

y, siéndole difícil retener su nombre caldeo, llamábalo simplemente: «el Asiático». De cuando en cuando, se tendía en el triclinio. Sus pies descalzos dominaban entonces la asamblea.

Hacia ese lado estaban los sacerdotes y los oficiales de Antipas, habitantes de Jerusalén, los principales de las ciudades griegas; y, debajo del Procónsul: Marcelo con los publicanos, amigos del Tetrarca, los personajes de Kana, Ptolemaida, Jericó; después, revueltos unos con otros, montañeses del Líbano, y los viejos soldados de Herodes: doce Tracios, un Galo, dos Germanos, cazadores de gacelas, pastores de la Idumea, el sultán de Palmira, marinos de Asiongaber. Todos tenían por delante una galleta de pasta blanda, para limpiarse los dedos; y alargando los brazos a manera de cuellos de buitre, tomaban aceitunas, alfóncigos, almendras. Coronados de flores, estaban gozosos los semblantes.

Los Fariseos habían rechazado las coronas como indecencia romana. Se estremecieron cuando se les roció de gálbano e incienso, composición reservada para los usos del Templo.

Con ella se frotó Aulo las axilas; y Anti-

pas le prometió todo un cargamento de la misma, con tres banastas de ese verdadero bálsamo, que hizo a Cleopatra codiciar la Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, que acababa de llegar, se había situado detrás de él, para conversarle de sucesos extraordinarios. Pero su atención estaba repartida entre el Procónsul y lo que se decía en las mesas vecinas.

Se hablaba allí de Iaokanann y de las gentes de su especie; Simón de Gittoí lavaba los pecados con fuego. Un tal Jesús...

—«El peor de todos», exclamó Eleazar. «Qué infame charlatán!»

Detrás del Tetrarca, se levantó un hombre, pálido como el ribete de su clámide. Descendió del estrado, e, interpelando a los Fariseos:

—«Mentira! Jesús hace milagros!»

Antipas deseaba verlos.

—«Debías haberlo traído! Cuéntanos!»

Entonces refirió que él, Jacob, teniendo una hija enferma, había ido a Cafarnaum para suplicarle al Maestro quisiera curarla. El Maestro respondió: «Regresa a tu casa, está curada!» Y la halló en el umbral, se había levantado de la cama

cuando el gnomon del palacio señalaba las tres, el instante mismo en que él se presentaba a Jesús.

Ciertamente, objetaron los Fariseos, existían prácticas, yerbas poderosas! Aquí mismo, en Machaerus, se encontraba a veces el baaras que hacía invulnerable; pero curar sin ver ni tocar era una cosa imposible, a menos que Jesús se sirviera de los demonios.

Y los amigos de Antipas, los principales de la Galilea, repitieron, moviendo la cabeza:

— «Los demonios, evidentemente».

Jacob, de pie entre la mesa suya y la de los sacerdotes, callaba de un modo altivo y dulce.

Lo requerían para que hablara:— «Justifica su poder!»

Encorvóse de espaldas, y en voz baja, lentamente, como asustado de sí mismo:

— «No sabéis acaso quién es el Mesías?»

Todos los sacerdotes se miraron; y Vitelio pidió que le explicaran la palabra. Su intérprete se detuvo un instante antes de contestar.

Llamaban así a un libertador que les traería el goce de todos los bienes y la do-

minación de todos los pueblos. Algunos hasta sostenían que era necesario contar dos. El primero sería vencido por Gog y Magog, demonios del Norte; pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y, desde hacía siglos, lo esperaban a todas horas.

Puestos de acuerdo los sacerdotes, tomó la palabra Eleazar.

El Mesías desde luego sería hijo de David, y no de un carpintero; él confirmaría la Ley. Aquel Nazareno la atacaba; y, argumento más poderoso, debía precederlo la venida de Elías.

Jacob replicó:

—«Pero si Elías ha venido!»

—«Elías! Elías!» repitió la muchedumbre, hasta el extremo opuesto de la sala.

Algunos, en la imaginación, veían a un viejo bajo un vuelo de cuervos, el rayo iluminando un altar, pontífices idolatras arrojados a los torrentes; y las mujeres, en las tribunas, pensaban en la viuda de Sarepta.

Jacob se cansaba de repetir que lo conocía! Lo había visto! y el pueblo también!

—«Su nombre?»

Entonces, gritó con todas sus fuerzas:

—«Iaokanann!»

Antipas se volvió hacia atrás como herido en pleno pecho. Los Saduceos saltaron sobre Jacob. Eleazar peroraba, para hacerse oír.

Cuando el silencio se obtuvo, embozóse en el manto, e hizo preguntas como un juez.

—«Puesto que el profeta ha muerto»...

Murmullos lo interrumpieron. Creíase que Elías había desaparecido solamente.

Se enfureció contra la muchedumbre, y, continuando su interrogatorio:

—«Piensas que ha resucitado?»

—«Por qué no?» dijo Jacob.

Los Saduceos se encogieron de hombros; Jonatás, con los ojillos muy abiertos, se esforzaba en reír como un bufón. Nada más estúpido que la pretensión del cuerpo a la vida eterna; y declamó, para el Procónsul, este verso de un poeta contemporáneo:

Nec crescit, nec post mortem durare videtur

Pero Aulo estaba inclinado al borde del triclinio, con la frente sudorosa, la cara verde, los puños en el estómago.

Los Saduceos fingieron una gran emoción;—al otro día, les fué concedida la dig-

nidad de sacrificadores;—Antipas ostentaba la desesperación; Vitelio permanecía impasible. Sus angustias eran violentas sin embargo; con el hijo suyo perdía su fortuna.

Atulo no había concluido de vomitarse, cuando quería comer de nuevo.

—«Que me den raspadura de mármol, esquisto de Naxos, agua de mar, cualquier cosa! Si tomara un baño?»

Masculló la nieve, y después de vacilar entre un tarro de Comagena y mirlos rosados, se decidió por calabazas en miel. El asiático lo contemplaba, porque aquella facultad de engullir denotaba un ser prodigioso y de una raza superior.

Se sirvieron riñones de toro, lirones, ruiñones, picadillos en hojas de parra; y los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón el Platónico, los tenía por estúpidos, y lo decía a los Griegos que se burlaban de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían unido. El primero refería al segundo la dicha que había sentido con el bautismo de Mitra y Jacob lo persuadía para que siguiera a Jesús. Los vinos de palma y de tamarisco, los de Safet y de Biblos, corrían de las ánforas a las cráteras, de las cráteras a las copas, de las

copas a los gaznates; se charlaba, los corazones se explayaban. Iacim, aunque Judío, ya no ocultaba su adoración de los planetas. Un comerciante de Afaka tenía embobados a unos nómadas, detallándoles las maravillas del templo de Hierápolis; y ellos preguntaban cuanto costaría la peregrinación. Otros se apegaban a su religión nativa. Un Germano casi ciego cantaba un himno celebrando aquel promontorio de la Escandinavia, en donde los dioses aparecen con sus semblantes resplandecientes; y los de Siquem no comieron tórtolas, por respeto a la paloma de Azima.

Varios conversaban de pie, en medio de la sala; y el vaho de los alientos con el humo de los candelabros formaba una niebla en el aire. Fanuel pasó arrimado a las paredes. Acababa de volver a estudiar el firmamento, pero no se acercaba al Tetrarca, temeroso de las manchas de aceite que, para los Esenios, eran una gran mancilla.

Resonaron golpes contra la puerta del palacio.

Ahora se sabía que Iaokanann se hallaba detenido allí. Por el sendero trepaban hombres con antorchas; en la escarpa hormigueaba una masa negra; y de vez en cuan-

do aullaban: — «Iaokanann! Iaokanann!»

— «Todo lo descompone!» dijo Jonatás.

— «No habrá más dinero, si continúa!» añadieron los Fariseos.

Y las recriminaciones proseguían:

— «Protégenos!»

— «Que se concluya con él!»

— «Desamparas la religión!»

— «Impío como los Herodes!»

— «Menos que vosotros!» replicó Antipas. «Mi padre fue el que edificó vuestro templo!»

Entonces los Fariseos, los hijos de los proscritos, los partidarios de Mattatías, acusaron al Tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían cráneos puntiagudos, la barba erizada, manos frágiles y perversas, o la cara achatada, ojazos redondos, la traza de bulldogs. Una docena, escribas y criados de los sacerdotes, alimentados con los desperdicios de los holocaustos, se precipitaron hasta el pie del estrado; y con cuchillos amenazaron a Antipas, quien les arengaba, al paso que los Saduceos lo defendían tibiamente. Divisó a Mannaei, y le hizo señas de que se fuera, puesto que Vitelio por su aspecto indicaba que aquellas cosas no le concernían.

Los Fariseos, que permanecían en sus triclinios, se pusieron endemoniados de furor. Quebraron los platos que tenían por delante. Se les había servido el guiso favorito de Mecenas, el onagro, una carne inmundada.

Aulo se burló de ellos a propósito de la cabeza de asno que honraban, según se decía, y discurrió otros sarcasmos sobre su antipatía por el cerdo. Era sin duda porque ese tosco animal les había matado su Baco; y ellos gustaban mucho del vino, puesto que en el Templo habíase descubierto una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían sus palabras. Fineas, Galileo de origen, se negó a traducirlas. Entonces la cólera suya no tuvo límites, tanto más cuanto que el Asiático, sobrecogido de miedo, había desaparecido; y la comida le disgustaba, eran los manjares ordinarios, sin el adobo suficiente! Se calmó al ver colas de ovejas sirias, que son rollos de grasa.

A Vitelio le parecía odioso el carácter de los Judíos. Su dios podía ser muy bien Moloch, de cuyos altares había encontrado en el camino; y a su memoria acudieron los sacrificios de niños, con la historia del hom-

bre a quien ellos engordaban misteriosamente. Su corazón de Latino se sublevaba de disgusto por su intolerancia, su rabia iconoclasta, su tosquedad de bruto. El Procónsul quería partir. Aulo se opuso a ello.

Con la ropa caída hasta las caderas, yacía detrás de un montón de vituallas, demasiado repleto para recogerlas, pero obstinado en no abandonarlas.

Creció la exaltación del pueblo. Se entregaron a proyectos de independencia. Recordábase la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados: Antígono, Craso, Varo...

—«Miserables!» dijo el Procónsul; pues él entendía el siriaco; su intérprete no servía más que para darle tiempo de responder.

Antipas se apresuró a sacar la medalla del Emperador, y, observándola trémulamente, la presentaba por la cara de la imagen.

Las hojas de la tribuna de oro se abrieron de repente; y al resplandor de los cirios, entre sus esclavas y festones de anémona, apareció Herodías,—tocada con una mitra asiria que un barboquejo ataba a su frente; sus cabellos se desparramaban en espirales sobre un peplo escarlata, partido a lo largo

de las mangas. Como en la puerta se irguieran dos monstruos de piedra, semejantes a los del tesoro de los Atridas, ella se parecía a Cibeles junto a sus leones; y de lo alto de la balaustrada que se alzaba sobre Antipas, con una pátera en la mano, gritó:

—«Larga vida a César!»

Vitelio, Antipas y los sacerdotes repitieron este homenaje.

Pero del fondo de la sala llegó un murmullo de sorpresa y de admiración. Acababa de entrar una joven.

Bajo un velo azulado que le tapaba el pecho y la cabeza, se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas, la blancura de su piel. Cubríale los hombros un cuadro de seda tornasolado, sujeto a la cintura por un cinturón de orfebrería. Sus calzones negros estaban sembrados de mandrágoras, y de un modo indolente hacía crujir unas pantuflas de plumón de colibrí.

En lo alto del estrado, se quitó el velo. Era Herodías, como en los tiempos de su juventud. Luego se puso a danzar.

Al compás de la flauta y de un par de crótalos, cruzaba los pies. Sus brazos extendidos llamaban a alguien que siempre huía.

Ella lo perseguía, más ligera que una mariposa, como una Psiquis curiosa, como una alma errante, y parecía pronta a volar.

Los fúnebres sonidos de la gingras reemplazaron a los crótalos. La postración había seguido a la esperanza. Sus actitudes expresaban suspiros, y toda su persona tal languidez, que no se sabía si lloraba a un dios, o se moría en su caricia. Con los párpados entrecerrados, contoneaba el talle, ondulaba el vientre con ondulaciones de ola, hacía temblar los dos senos, y su cara permanecía inmóvil, y sus pies no se detenían.

Vitelio la comparó a Mnester, el pantomimo. Aulo vomitaba de nuevo. El Tetrarca se perdía en un sueño, y ya no pensaba en Herodías. Creyó verla cerca de los Saduceos. La visión se alejó.

No era una visión. Había aleccionado, lejos de Machaerus, a su hija Salomé, para que el Tetrarca la amara; y era buena la idea. Ahora estaba segura de ello!

Después, fué aquello el transporte del amor que anhela saciarse. Bailó como las sacerdotisas de las Indias, como las Nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Se inclinaba en todas direcciones, como una flor

agitada por la tempestad. Saltaban los brillantes de sus orejas, la seda de la espalda tornasolaba; de sus brazos, de sus pies, de sus vestidos brotaban invisibles chispas que inflamaban a los hombres. Cantó un arpa; la multitud respondió con aclamaciones. Separando las piernas sin doblar las rodillas, se encorvó tan bien que rozaba el piso con la barba; y los nómadas, habituados a la abstinencia, los soldados de Roma expertos en libertinajes, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las narices, palpitaban de concupiscencia.

En seguida giró frenéticamente al rededor de la mesa de Antipas, como el trompo de los hechiceros; y con una voz entrecortada por sollozos de voluptuosidad, él le decía: «Ven! ven!» Ella giraba siempre; los tímpanos sonaban hasta reventar, la multitud aullaba. Pero el Tetrarca gritaba con más fuerza: «Ven! ven! Serán tuyas Cafarnaum! la llanura de Tiberiades! mis ciudadelas! la mitad de mi reino!»

Ella se echó a andar de manos, con los pies en alto, así recorrió el estrado como un enorme escarabajo; y se detuvo, bruscamente.

La nuca y las vértebras formaban un án-

gulo recto. Las envolturas matizadas de las piernas, descendiendo por encima de los hombros, como arco-iris, se juntaban a la cara, como a un codo del suelo. Tenía pintados los labios, negrísimas las cejas, casi terribles los ojos, y las gotitas de la frente parecían un vapor sobre mármol blanco.

No hablaba. Se miraban.

Un chasquido de dedos se produjo en la tribuna. Subió en ella, reapareció; y, ceceando un poco, pronunció estas palabras, con un aire infantil:

—«Quiero que en un plato me des la cabeza de...» Había olvidado el nombre, pero continuó sonriendo: «La cabeza de Iaokanann!»

El Tetrarca se desmayó, anonadado.

Había comprometido su palabra, y el pueblo aguardaba. Pero la muerte que se le había predicho acaso evitaría la suya, al recaer en otro? Si Iaokanann era en realidad Elías, podría sustraerse a ella; si no era, el asesinato ya no tenía mayor importancia.

Mannaei estaba a su lado, y comprendió su intención.

Vitelio lo llamó para confiarle la consigna, puesto que centinelas cuidaban el foso.

Fue un alivio. Dentro de un minuto, habría concluido todo!

Sin embargo, Mannaei poco se aprontaba a la tarea.

Volvió, pero trastornado.

Hacía cuarenta años que ejercía el oficio de verdugo. Era él quien había ahogado a Aristóbulo, estrangulado a Alejandro, quemado vivo a Mattatías, decapitado a Zósimo, a Pappo, a José y a Antipater; y no se atrevía a matar a Iaokanann! Castañeteaban sus dientes, y le temblaba todo el cuerpo.

Había visto delante del foso al Gran Angel de los Samaritanos, todo cubierto de ojos, y blandiendo una inmensa espada, roja y dentellada como una llama. Podían decirlo dos soldados que llevaba como testigos.

No habían visto nada, salvo un capitán judío, que se precipitó sobre ellos, y que ya no existía.

El furor de Herodías se derramó en un torrente de injurias canallescas y sangrientas. Se rompió las uñas en el enrejado de la tribuna, y los dos leones esculpidos parecían morderse las espaldas y rugir como ella.

Antipas la imitó, los sacerdotes, los sol-

dados, los Fariseos, todos clamaban venganza, y los otros, indignados de que se les retrasara el goce.

Mannaei salió, tapándose la cara.

Los invitados hallaron el tiempo todavía más largo que la primera vez. Se aburrían.

De repente, un ruido de pasos repercutió en los pasillos. El malestar se hacía intolerable.

La cabeza entró;—y Mannaei la tenía de los cabellos, en el extremo del brazo, orgulloso de los aplausos.

Después de colocarla en un plato, la ofreció a Salomé.

Subió presurosa a la tribuna; algunos minutos más tarde, se llevó la cabeza aquella vieja que el Tetrarca había visto por la mañana en el terrado de una casa, y hacía poco, en el aposento de Herodías.

Retrocedía para no verla. Vitelio le dirigió una mirada indiferente.

Mannaei descendió del estrado y la enseñó a los capitanes romanos, después a todos los que comían en aquella parte.

La examinaron.

La aguda hoja del instrumento, resbalando de alto a abajo, había rebanado la mandíbula. Una convulsión estiraba las comi-

suras de la boca. La sangre, ya coagulada, salpicaba la barba. Los párpados cerrados estaban pálidos como conchas; y los candelabros inmediatos enviaban resplandores.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un Fariseo le dió vuelta curiosamente; y Mannaei la enderezó de nuevo, y la puso delante de Aulo, que despertó entonces. A través de las pestañas, las muertas pupilas y las pupilas apagadas parecían decirse algo.

Mannaei la presentó en seguida a Antipas. Lágrimas corrieron por las mejillas del Tetrarca.

Se extinguían las luces. Los convidados se fueron; y en la sala no quedó más que Antipas, con las sienes entre las manos, y mirando siempre la cabeza cortada, al paso que Fanuel, de pie en mitad de la espaciosa nave, murmuraba oraciones, con los brazos abiertos.

A punto que el sol salía, dos hombres, comisionados en otra época por Iokanann, volvieron, con la respuesta tanto tiempo esperada.

La confiaron a Fanuel, a quien produjo arrobamiento.

Luego les mostró el objeto lúgubre, en

la bandeja, entre los restos del festín. Uno de los hombres le dijo:

—«Consuélate! Ha descendido a anunciar el Cristo entre los muertos!»

El Esenio, comprendía ahora estas palabras: «Para que él crezca, es preciso que yo decrezca».

Y los tres, cogiendo la cabeza de Iokannan, se marcharon hacia la parte de Galilea.

Como era muy pesada, la llevaban turnándose.

Del volumen TROIS CONTES.
Versión de la *C. Ariel*.

LOS CABALLOS DE HERODES

(DE FLAUBERT)

Iacim movió con ímpetu la puerta
Que resbaló en el muro.
Mientras bajaban por el antro oscuro,
Sintieron ambos en la faz un soplo
Tibio que de la bóveda salía.
Tortuosa galería
Pérfidamente los llevó ante el quicio
De colosal caverna que se abría
En el linde fatal de un precipicio
Que allí la ciudadela defendía.
En ágiles festones trepadores
Los brazos de fecunda madre selva
Caer dejaban a la luz sus flores,
Y al ras del suelo perezosamente
Un claro hilillo de agua murmuraba.

En la oquedad de la discreta roca.
Reposaban allí caballos blancos—
Tal vez una centena—
Que en tazas a la altura de la boca
Se comían la avena.
El sededño prodigio de sus crines
Prestigiaban azules colorines.
Tornasolada red de espartería
Velábales el casco reluciente,
Y, cual una peluca, les caía
En medio de las móviles orejas,
Un pródigo mechón sobre la frente.
Las plumas ondulantes de sus colas
Sus limpios corvejones blandamente
Excitaban con júbilo moroso...
Y enmudeció, mirándolos a solas,
Y asombrado, el Procónsul envidioso.
Eran inconcebibles animales:
Agiles como víboras y leves
Como los leves pájaros del viento.
Sobre los encendidos arenales
Volaban con el ímpetu violento
De las trémulas flechas iracundas;
• Aterraban, mordiéndoles el vientre,

A los hombres; hendían con sus cascos
Las rocas, al volar en las profundas
Simas, por entre abismos y peñascos.
Su galope frenético de un día
Sin descanso, a través de las llanuras,
Una palabra detener podía...
Y cuando entró Iacim, como corderos
Ante el pastor, con franca algarabía
Y tendiendo sus gráciles cervices—
Albas con el albor de los armiños—
Le miraron inquietos y felices
Con sus ojos de niños.
Y al escucharle su marcial acento
Ronco, se estremecían de contento
Y miraban el éter de hito en hito
Con ansias de cruzar el infinito,
Con hambre de correr y sed de viento!

.

Guillermo Valencia

De *Hispania*, Londres.